



MERMET

Por demasiado tiempo ¡ay!, no recibí ningún indicio de la poesía de César Mermet, con quien mantuve una prolongada relación en la década del cincuenta, en la ciudad de Santa Fe. Los nuestros fueron siempre encuentros tormentosos y fecundos con un amigo entrañable que me llevaba apenas cuatro años, pero con una distancia insalvable en el conocimiento y la reflexión. Tormentosos, porque así era César. Un predicador apasionado de sus convicciones, provisto de un repertorio verbal ilimitado y envolvente, algo que también advierto ahora en sus poemas. El origen de éstos suele ser un mínimo suceso: una sandía bollando en el río, un pan, un paraíso, un nadador fugaz, mas crece luego en ramificaciones inacabadas, como si el poeta no pudiera detener la energía que impulsa su lenguaje. Teje así, en cada caso, un movimiento que no cesa y que necesita prolongar en sucesivos poemas. No me extraña entonces que su obra poética, casi totalmente inédita, escrita en un periodo relativamente breve —Mermet murió a los 54 años— abarque más de dos mil quinientas páginas “inacabablemente corregidas” como dice Félix della Paolera, el esforzado albacea de su obra.

Este reencuentro dichoso con sus poemas me devolvió, inesperadamente, a su pasión desmesurada, a su lucidez incesante, al ritmo lejano que yacía semienterrado en algún lugar de la memoria.

H.G.

POEMAS

César Mermet

MUCHACHA EN EL PRIMER ÓMNIBUS

Pálida como la temprana responsabilidad del aire,
de intemperie y destino modelas tu primera cara
tan pequeña aún para tus ojos,
demasiado frágil para soportar un nombre,
previa, frutal, creciente,
creciente fruto previo comenzando por dentro
como los blancos pormenores del naranjo.
Flor transitoria nacida momentánea
para invocar, pasando, la lentitud cabal
de un apogeo breve.

Serás. No eres. Apenas si sucedes.
Crisálida de tiempo tenue,
la voluntad te sueña como un absorto velo,
una altura te cae desde los hombros
y te silencia.
Más allá de tus manos
que suspenden y cierran el instante
en vibrante circuito y duradera calma
sobre la falda,
sigue un bajo desorden
que sólo tu belleza interrumpe,
excepción peregrina.

—Porque es difícil un goce sin imperio
las palabras te buscan en minucioso enjambre—.

Qué exactitud casual, qué comedido azar
contemplarte en tu víspera preciosa.

Cómo es puntual tu forma
y qué justa tu vida por ahora.
Sin embargo lo efímero se posa largo tiempo
en el punto de asombro de tu mirada con el mundo
y en el frío sobre tus labios.

Como la vida consumada es peso y colma
la piedra coronada ilustre y ciega,
los cónsules tallados en olvido,
como al olvido memorable, te pulimenta el frío,
en qué diverso mármol, que transcurre y florece,
en tu modo delgado lo veloz es visible.

Qué temprano se ha hecho de pronto.
Los pasajeros ya nunca llegaremos a tiempo.
Eres la única que tiene la edad del alba.
Avanzar a esta hora, da regreso.
Tú solamente viajas a favor del viaje.
Demasiado temprano para todos
—pesados y pretéritos
en la rama delgada de la hora—
salvo para quien como tú
germina rumbo inmóvil a un venidero mediodía
cuyo ardor ignora iluminadamente
con el sol a la espalda.

—Alta contra la ráfaga de las visiones
reverbera sucesión y tránsito.
Lleva sobre la frente un tiempo intacto,
un álgebra de propósitos le encrespa el pelo claro
y es su corona el tránsito—.

Tu corona es el tránsito.

1957

NADADOR FUGAZ, PÁJARO NEGRO

El agua huye del cuerpo que la surca,
se abre en canal metódico, concede
caricia al nadador, de cuerpo entero,
y en armónico olvido, repentina
cierra su huella en tersa, virgen luz,
cancela el suceder, concéntrico temblor disipa,
expulsa la memoria del intruso, cicatriza
impasible y celeste,
en plácida, verde, dulce calma,
otra vez víspera entera y ya por fin sin nadie.

Grande es el peso de otra vida
posada en la flexible rama blanca del cerezo.
Cimbra dócil la florida firmeza,
se curva, oscila, acepta, pero vuelve
a su invicto nivel en bailarín temblor,
y a la respiración libre y azul,
por donde negro pájaro se aleja
llevándose su sombra, su tenue demasía
de huésped excesivo.

1976

DE TANTA AMADA CLARIDAD, CAÍDOS

Y pensar que en esta matutina transparencia
está en el aire, oculto, todo lo porvenir,
formándose en la luz la insistente catástrofe,
la invisible conspiración, la simiente del día
que el alma siente zumbar, crecer
inminencia, destino,
un venidero viento oscuro, la tormenta, el trueno,
el final rayo.

Ahora, querida mía muy temprana,
ahora ya todo es tarde, consumado y cumplido
en la radiante sonrisa de esta hora esbelta;
aquí, entre los que comienzan,
ya hemos sido vencidos, hace tiempo,
y en el azul translúcido del respiro del cielo,
nuestras argucias frágiles, tejidas con tesón tenue,
cortadas de un solo tajo, de luz seca,
concluida la siempre recompuesta tregua,
cancelado el laborioso aplazamiento,
aventadas las renovaciones,
iluminado, expuesto, el adiós diferido,
la ambigüedad resuelta,
las argüidoras nubes de muy lenta elocuencia
en persuasivas transformaciones, aniquiladas
por este diurno colmo de alegría.

Mira el cielo y verás cómo no estamos,
de qué modo llegamos a ser sólo el espacio,
donde todo es culminante cumplimiento.

Alza los ojos y ve qué luminosamente falta
la opacidad doliente, gris y vana
de nuestra lucha,
qué ausencia nos exime en lo muy alto,
de dar sombra en el mundo, y nos olvida,
y cómo fiesta y dolor coinciden, exaltados
en esta intensa perfección de luz,
que tantas veces contemplamos juntos,
de tanta amada claridad, caídos.

1976

